

La importancia de la cultura política en el análisis de sistemas políticos

The Importance of Political Culture in the Analysis of Political Systems

*Herminio Sánchez de la Barquera Arroyo**

* Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Heidelberg, Alemania. Profesor investigador y Decano de Ciencias Sociales en la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP).

Contacto: herminio.sanchezdelabarquera@upaep.mx.

Resumen

La cultura política es el conjunto de las características de la personalidad políticamente relevantes. Se trata de un elemento fundamental para entender por qué un sistema político concreto funciona de cierta manera y no de otra. La congruencia entre la cultura y las estructuras políticas es un elemento de estudio importante, ya que permite ver en qué grado las actitudes y valores de la población apoyan a las instituciones, lo que redundará en el fortalecimiento de la legitimidad y la estabilidad del sistema. De aquí la pertinencia de acercarse al estudio y la comparación de los sistemas políticos a través del estudio de la cultura política. El texto analiza el concepto central de este trabajo, sus límites, origen y creciente complejidad.

Palabras clave: Cultura política, sistema político, actitudes, valores, contexto.

Abstract

Political culture is defined as the set of relevant traits of political personality. It is thus a central element for understanding why a determinate political system works the way it does and not otherwise. The consistency between political culture and society's political structures is an important element, because it enables us to measure the extent to which a population's values and attitudes support the institutional framework, which in turn strengthens the system's legitimacy and stability. From all these elements it follows the pertinency of studying and comparing political systems through the analysis of political culture. This work analyses the notion of political culture, its limits, origins, and growing complexity.

Keywords: Political culture, political system, attitudes, values, context.

Introducción

Por regla general, el concepto “cultura” tiene una connotación positiva y normativa, es decir, que es bueno tenerlo y que vale la pena luchar por ello, por lo que la gente suele darle un significado que tiene que ver con “tener algo”. Pero también ocurre que muchas veces al escuchar el término “cultura política” podríamos tener la idea de que estamos asociando un término percibido generalmente como positivo (“cultura”), con uno que no goza precisamente de buena fama (“política”). Incluso podríamos pensar en que dicho concepto se refiere a una convivencia decente de los actores políticos entre sí, pues aquel que *tiene* cultura, se comporta por lo tanto *decentemente*, o por lo menos así lo asumimos. Entonces, hay que poseer cultura política, por lo que no tenerla es negativo. En esta percepción de las cosas ocupan un lugar importante las reglas formales e informales de convivencia, esas que prescriben lo que se permite y lo que se prohíbe. Así que, en este sentido coloquial, podríamos definir a la cultura política como “un sistema de reglas del que depende lo que ‘uno’, dentro de un cuerpo social, políticamente pueda hacer, decir y pensar sin tener por ello que temer sanciones sociales” (Schwemm, 2003: 34). Esta concepción de la cultura política puede ser comprensible y útil para la política cotidiana o para la plática de sobremesa, pero para nuestros fines académicos es notoriamente insuficiente.

Es por eso que, en este trabajo, habremos de analizar en primer lugar qué significa el término “cultura política”, para después poder relacionarlo con el estudio de los sistemas políticos. Es decir, tenemos que ir más allá de la comprensión cotidiana para pasar a una explicación científica del papel de la cultura política. Por lo tanto, nuestro objetivo central es esgrimir argumentos que nos ayuden a subrayar la necesidad de estudiar esta variable para tener una idea más acabada del funcionamiento de los sistemas políticos.

La cultura política

Para comenzar, podemos equipar a la cultura política con la apreciación que las personas tienen acerca de las instituciones, los actores, los procesos, los fenómenos y los acontecimientos del ámbito de la política; es decir, es la percepción que tienen las personas acerca de la realidad, no la realidad en sí. Es por eso que la interpretación de esta forma de ver las cosas requiere de la intervención de los expertos (Nohlen, 2012).

El concepto “cultura política”, como tantos otros en la politología, es, por su significado, muy controvertido; además, como acabamos de ver, en la vida diaria se puede percibir como un fenómeno cargado positivamente de ciertos valores: tiene que ver con buenas costumbres y con formas adecuadas de comportamiento político. Para tratar de entender mejor este concepto y hacerlo más útil para nuestros fines de análisis, debemos primero preguntarnos cuál es su origen. Cuando Gabriel A. Almond (1911-2002) realizaba sus observaciones comparativas de los sistemas políticos, se encontró con el concepto de “cultura” e introdujo, en 1956, el término *Political Culture*. Con éste no se refería, al contrario del concepto cotidiano, a las formas de convivencia de nuestros representantes populares, sino que escribió lo siguiente: “Cada sistema político está inmerso en un patrón determinado de orientación para la acción política. Encontré que sería útil denominar a este fenómeno ‘cultura política’” (citado en Hansen, 2000: 373). Como se puede ver, a diferencia del concepto cotidiano de “cultura política”, el concepto de Almond debe entenderse de manera empírico-analítica y, por ello, libre de valores. Esto se entiende entonces lejos de la comprensión cotidiana del término, que frecuentemente lo asocia con un “buen” estilo de hacer política (Greiffenhagen, 2013).

A través de encuestas representativas, Almond intentó reflejar la cultura política de la población. Pero los resultados no deben ser confundidos con la realidad, pues se trata solamente de las percepciones y expresiones de los encuestados, que requieren por lo tanto de una interpretación especializada. Muy significativo para el desarrollo teórico del término fue el libro *The Civic Culture: Political Attitudes and*

Democracy in Five Nations, publicado en 1963 por Gabriel A. Almond y Sidney Verba (1932-2019), que es el resultado de una investigación empírica en cinco países (Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Italia y México). A partir del estudio de los diferentes componentes de las actitudes, que se pueden diferenciar en afectivos, cognitivos y evaluativos, hacia el sistema político en general y con sus elementos tanto políticos como administrativos, llegaron a la conclusión de que existen tres tipos de cultura política (Almond y Verba, 1963: 344):

1. Cultura política parroquial, caracterizada por una elevada despolitización, un bajo nivel de información y un marcado orgullo de su sistema político, si bien acompañadas de una insatisfacción con la política cotidiana y sus resultados; es “parroquial” debido a que la población sólo percibe su entorno inmediato —como correspondería a ver la torre de la iglesia en un pueblo pequeño y aislado—, y por lo tanto desarrolla opiniones positivas acerca del sistema completo. Es propia de sistemas políticos con bajo nivel de desarrollo democrático.
2. Cultura política de súbdito: los ciudadanos están conscientes del gobierno central y se encuentran sujetos a sus decisiones con escaso margen para oponerse. Las personas son conscientes también de la política y de los actores individuales y colectivos. Las personas se encuentran orientadas afectivamente hacia la política, pero más del lado de los procesos administrativos que de los políticos. Es propia de estructuras autoritarias centralizadas.
3. La cultura política participante es propia de sociedades cuyos ciudadanos tienen la capacidad de ejercer influencia en su gobierno de distintas formas. Las personas están orientadas hacia el sistema político como un todo, es decir, tomando en cuenta tanto a las estructuras como también a los procesos políticos y administrativos. Se supone que este tipo caracteriza a las sociedades democráticas.

Hay que hacer la aclaración de que estos tipos no se encuentran en una forma “químicamente pura”, sino que en cada caso encontramos una mezcla diferente de estos tipos ideales.

Berg-Schlosser (2006: 317 y ss.) define a la cultura política como la dimensión subjetiva de los fundamentos sociales del sistema político.¹ Esto se refiere a las bases de la conciencia y a las formas de comportamiento y de pensamiento, ya sean “típicas”, verdaderas y supuestas, que encontramos en la sociedad. Por lo tanto, la cultura política abarca todas las características individuales de la personalidad políticamente relevantes, es decir, las predisposiciones latentes para la acción política, que se encuentran ancladas en actitudes y valores, en sus modalidades simbólicas y en la conducta política concreta.

Estas predisposiciones para la actividad política se pueden clasificar en opiniones (*beliefs*), actitudes (*attitudes*) y valores (*values*). Estos últimos son los más intensivos y consistentes, mientras que las opiniones, por el contrario, son las predisposiciones más superficiales y cambiantes. Desde los años 60 del siglo xx, la cultura política se convirtió en un fenómeno importantísimo para la ciencia política comparada, buscando establecer relaciones entre las microestructuras (personas y grupos) y las macroestructuras (Estado y sistema político) de la sociedad. Almond y Verba entendieron la cultura política como el resultado de la distribución de los conocimientos individuales existentes en una sociedad: la dimensión cognitiva, la afectiva y la evaluativa, frente al sistema político respectivo. Esto significa que la cultura política se refiere a la totalidad de las actitudes políticas.

Existen tres factores esenciales que marcan la comprensión de la cultura política: en primer lugar, la socialización política en la familia, en la escuela y en los diferentes grupos sociales; en segundo lugar, los intereses económicos concretos de cada persona en la estructura de la división del trabajo en la sociedad; y, finalmente, la influencia de experiencias colectivas como guerras, revoluciones, crisis políticas, etcétera, que incluso pueden dejar su huella durante generaciones enteras en materia de actitudes y conductas.

La conciencia y las orientaciones políticas de una población no se encuentran siempre en concordancia con las instituciones políticas de un sistema, sino que pueden incluso contraponerse. Para un sistema

¹ Si no indicamos otra cosa, seguimos ahora a este autor.

político es importante que haya cierta correspondencia entre las estructuras políticas y la orientación política, es decir, debe haber una congruencia entre estructura y cultura. Si las actitudes y valores no apoyan a las instituciones, el sistema puede entrar en una crisis de legitimidad y estabilidad. Esta es la razón por la que los estudios de cultura política se preguntan por el grado de apoyo político para el sistema. Pero no solamente hay que analizar la pareja “estructura-cultura”, sino también los niveles micro y macro: la relación de la persona individual (micro) con el sistema político (macro) no es solamente en un sentido de ida, sino de ida y vuelta: la relación entre ambos niveles es circular, pues podemos medir, por ejemplo, hasta qué punto la persona individual apoya al sistema y cómo este influye a su vez en aquella (Greiffenhagen, 2013).

Llegados a este punto, es necesario afirmar que la cultura política no sólo abarca conocimientos, opiniones y valores, sino también una amplia paleta, no siempre fácil de entender, de sueños y actitudes, objetivos y deseos. Esto es lo que Krotz (2002: 53) llamó “la dimensión utópica de la cultura política”. Los componentes de la cultura política pueden observarse más de cerca de acuerdo a sus formas de orientarse para la acción. El llamado “esquema AGIL” facilita la comprensión panorámica de los diferentes aspectos de la cultura política en sus interrelaciones (Berg-Schlosser, 2006: 318). En ello podemos distinguir cuatro sistemas: a) el sistema de la comunidad social; b) el sistema sociocultural; c) el sistema económico; y d) el sistema político.

Explicemos estos cuatro sistemas. El primero de ellos conforma el marco exterior del objeto investigado. En el nivel de la cultura política, esto se refleja en formas de expresión de identidad social y nacional; en el nivel macro, en la forma de determinados rituales y símbolos tales como aniversarios y conmemoraciones, banderas y pendones, himnos y marchas, etcétera. Dentro de las comunidades políticas podemos constatar la existencia de un nivel considerable de diferenciación horizontal y vertical de distintas magnitudes, que pueden ser de naturaleza cultural, social, confesional y política o que se pueden reflejar en desigualdades socioeconómicas.

En cuanto al sistema sociocultural, en él se encuentran los valores fundamentales de la sociedad, los que constituyen sus contenidos significativo interno e interiorizados, así como sus interpretaciones. Estos

contenidos se encuentran muchas veces vinculados con ideas religiosas y en el discurso filosófico, científico y artístico. Los valores fundamentales y su interpretación conforman la base de legitimación del sistema político.

El sistema económico, por su parte, contiene los fundamentos materiales y las formas de organización económica de la sociedad. El aspecto cultural se encuentra aquí, por ejemplo, en las actitudes, percepciones y formas de conducta en la vida económica, como, por ejemplo, en la ética laboral. Desde un punto de vista de la cultura política, existe una conexión entre las expectativas económicas y las satisfacciones materiales, por un lado, y las pretensiones y demandas concretas frente al sistema político, por el otro lado.

En lo que atañe al sistema político, hay que expresar que el núcleo de la cultura política se relaciona con el sistema político respectivo. En este ámbito encontramos, por ejemplo, las reglas del juego para la resolución de conflictos, relaciones políticas de autoridad y distintas formas de participación. Estos elementos son de esencial importancia para la sobrevivencia del sistema en su conjunto.

Después de esta exposición podemos establecer que la cultura política y las experiencias y tradiciones histórico-políticas de un país —por ejemplo, el desarrollo predemocrático y el desarrollo político, la forma de Estado— ejercen una marcada influencia tanto en las actitudes hacia los diferentes campos de la política como también en la forma en que la política material del Estado correspondiente se lleva a cabo. No todos los países prefieren las mismas medidas políticas, cada uno tiene su especial historia política y ciertas costumbres políticas, actitudes, ideas y objetivos. Si, por ejemplo, observamos el caso de las políticas públicas en materia de cultura, podemos darnos cuenta de que Gran Bretaña y Francia se caracterizan por una política muy centralizada, mientras que Suiza y Alemania, al contrario, son ejemplos clásicos de una actividad cultural organizada de manera federal, esto es, con mayor peso en el ámbito estadual (y municipal). Esto se debe en gran medida a la historia de cada uno de estos países, por lo que estos elementos históricos se encuentran en mayor o menor medida anclados en la conciencia de la población. Austria, que al igual que Suiza y Alemania es un Estado federal, en materia de política cultural

acusa un marcado sobrepeso del ámbito federal, lo que ha llevado a Peter Häberle (2002: 115) a hablar de Austria como Estado federal centralizado. Esto puede deberse a la tradición histórica y cultural de “gran potencia” de la monarquía austriaca, según supone Pernthaler (1988: 15). La existencia en México, por ejemplo, de muchas instituciones con el adjetivo “nacional” en vez de “federal” y con características de marcada centralización en la toma de decisiones y en la definición de su sede (casi siempre en la capital del país), también puede explicarse por medio de la cultura política, de sus tradiciones históricas, de sus contingencias socio-políticas y de su tipo de régimen a través de su historia (Sánchez de la Barquera, 2015).

La cultura política y las condiciones histórico-políticas de una nación ejercen influencia también en el significado atribuido a la forma de Estado (federalismo o unitarismo) y en los correspondientes campos de la política (política ambiental, política hacendaria, política de defensa, etcétera) y sus objetivos. A esto se debe, por ejemplo, que en Suiza, los valores del federalismo en la vida cultural sean defendidos con gran decisión, por lo que los cantones tienen en este sentido amplias competencias. Su diversidad cultural legitima y fundamenta su federalismo e impregna su identidad cultural. Lo que importa en este país es la conservación de esta diversidad, en lugar de una unidad cultural que, por el contrario, podría ser el objetivo de otros países. En este marco de diversidad y convivencia de varios idiomas, la libertad artística, por mencionar un ejemplo, se interpreta de otra forma que en Estados en los que se anhela la unidad cultural, en algunos de los cuales incluso se aprovecha la cultura, especialmente el arte, para el enaltecimiento de los gobernantes. Un ejemplo más, pero diferente a los anteriores, es el de Estados Unidos, igualmente un país federal: aquí la vida cultural no es tan dependiente de la ayuda gubernamental, pues la promoción privada goza en este país de mayor confianza entre la población y de larga y probada solidez (Sánchez de la Barquera, 2011).

Los ejemplos anteriores proceden de países que son similares en su forma de Estado, pero diferentes en la visión de uno de los campos de la política, en este caso la política cultural. Esto puede ocurrir también en otros campos de la política, pero sólo hemos tomado este ejemplo como ilustración.

Es por eso imprescindible, si queremos estudiar determinado sistema político, no solamente tomar en cuenta las instituciones, las reglas y las leyes (dimensión de la *polity*), los procesos políticos (*politics*) y los resultados materiales de la política (*policy*), sino también la cultura política del país, puesto que esta puede ser el factor más importante para la comprensión del sistema político en su totalidad y de la fuerza y solidez de sus instituciones (Ortiz, 2006). La cultura política es un elemento esencial del contexto y es tan importante, que podemos afirmar con Nohlen, que estamos ante la que es quizá la variable más importante para el desarrollo de la democracia en América Latina (Nohlen, 2008: 82-83).

La cultura política y el sistema político

El concepto de “sistema político” designa a la totalidad de las instituciones, actores, normas y procedimientos tanto estatales como no estatales, que toman parte, dentro de un marco de acción predeterminado, en los procesos políticos, particularmente de la formulación y aplicación de políticas (Pilz, 1995). Esto significa que con este término estamos hablando de la totalidad de las instituciones y reglas, de los procesos políticos y de los contenidos de las decisiones políticas, de acuerdo a un concepto amplio de política. A partir del concepto de “sistema”, empleado primero por Parsons (1951) en las ciencias sociales y después por Easton (1953 y 1965) en la ciencia política, podemos definir al sistema político en el nivel estatal-nacional, como la totalidad estructural, interdependiente y dinámica, de las instituciones, organizaciones y agrupaciones políticas, de los valores y objetivos, así como de las reglas y los caminos de los procedimientos políticos.

Por lo tanto, el estudio del sistema político de una nación tiene que abarcar las instituciones estatales y las que están fuera de esta esfera, los actores, normas y procedimientos que toman parte en los procesos políticos dentro de un marco de acción determinado. Los límites entre este sistema político y su “medio ambiente” son difíciles de trazar.

Cuando se estudian de manera comparativa dos o más sistemas políticos, es importante alejarse de la concepción de “cultura política” que

señalábamos al inicio del artículo, es decir, de un concepto cargado de valor. Esto quiere decir que un concepto normativo aplicado a la comparación de los sistemas políticos puede atribuir a uno de ellos más cultura política que al otro, o podría afirmarse que uno de ellos posee una cultura política superior. Es por eso que es mejor emplear un concepto valorativamente neutral, por lo que la cultura política es la apreciación de las personas manifiestan acerca de instituciones, actores, procesos o acontecimientos políticos. Se trata, por lo tanto, no de la realidad como tal, sino de la manera en que las personas perciben esa realidad. Esto nos lleva a resultados representativos y, si los datos son correctamente recolectados, se pueden calcular, comparar, analizar e interpretar por expertos (Nohlen, 2012).

Así, si entendemos a la cultura política como un fenómeno no coyuntural y que además está socialmente enraizado, su análisis permite una comprensión fundamental del mundo político, pues nos coloca en la posición de entender la forma en que se percibe, interpreta y juzga la política. Al estudiar la cultura política, estaremos en condiciones de entender qué clase de tensiones existen en una sociedad, por qué las instituciones funcionan como funcionan y cuáles son las razones que provocan que los procesos políticos se desarrollan de tal o cual manera. Por último, al acercarnos a la cultura política entenderemos cómo y por qué los países reaccionan de una manera y no de otra, lo que puede ayudarnos a desarrollar tipificaciones, algo esencial en las ciencias sociales (Nohlen, 2012).

El estudio de la cultura política de una población en un sistema político determinado se centra en la distribución y contenido de las orientaciones políticas de dicha población frente a esta suma de todas las instituciones políticas, es decir, cómo son las opiniones, actitudes y valores incluso en campos donde no parecerían ser políticos: actitudes frente al trabajo, al tiempo libre, la religión, formas y metas de la educación (Greiffenhagen, 2013).

Un elemento que puede dificultar el estudio comparado de los sistemas políticos es que, si ambos pertenecen a círculos culturales diferentes, lo que cada pueblo entienda por ciertos términos puede ser muy distinto. Así, por ejemplo, no pertenece a las costumbres ni a las tradiciones alemanas el tener instituciones con el adjetivo “nacional”, ade-

más de que, en todo caso, se prefiere el adjetivo “federal”, en tanto que en México o Venezuela sí encontramos muchas instituciones “nacionales”, casi todas ellas, curiosamente, instaladas en la capital del país. Y Austria, si bien es un Estado federal con fuerte centralización en el ámbito federal, distribuye muchas de sus instituciones a lo largo de todo el territorio, al igual que ocurre en Brasil. Todo ello, como ya vimos, tiene que ver con las condiciones socio-culturales y con las contingencias históricas de cada nación.

Para terminar, queremos hacer énfasis en los problemas y procesos de integración que, con diferentes formas y magnitudes, representan un desafío para la cultura política de muchos países, pues no en todos ellos se dispone de símbolos de identidad nacional que sean aceptados por todos los ciudadanos sin más. Es por eso imprescindible, si deseamos estudiar un sistema político o comparar dos o más sistemas, no solamente fijar nuestra atención en las instituciones, reglas y leyes, procesos y resultados concretos de la política, sino también considerar la cultura política, pues si bien las instituciones son importantes, la cultura política puede ser aún más significativa para poder entender la totalidad del sistema (Ortiz, 2006). La cultura política es parte esencial del contexto del sistema estudiado, pues nos habla, por ejemplo, acerca de los mecanismos para la resolución de conflictos, de la influencia de las condiciones de vida en diversos aspectos de las costumbres políticas, del peso que puedan tener las nociones patrimonialistas de la vida política, de qué tanto justifique la población conductas indebidas en sus políticos o qué tanto conozca, aprecie y defienda la gente los valores propios de la democracia (Sánchez de la Barquera 2015).

Tal como lo señalan Martin y Sylvia Greiffenhagen (2013), la investigación empírica acerca de la cultura política ha continuado desarrollándose desde los tiempos de Almond y Verba. Es verdad que se ha mantenido de alguna manera la hipótesis central de la necesidad de una cierta congruencia entre estructura y cultura para posibilitar la legitimidad y la estabilidad de los sistemas políticos, sin embargo, se ha reducido la capacidad de explicación a partir del concepto de cultura política. Ya no se coloca en el centro de las consideraciones solamente la disponibilidad de las personas para apoyar al sistema, sino que ahora se acentúa la posibilidad y utilidad de una lealtad crítica del ciudadano,

particularmente en una democracia, frente a las instituciones políticas, por lo que el concepto ha ganado complejidad y profundidad frente a lo que fueron sus orígenes, hace ya sesenta años.

Conclusiones

En el estudio y la comparación de los sistemas políticos, es imprescindible abordar el tema de la cultura política correspondiente para poder explicarnos en gran medida por qué las instituciones y los procesos políticos funcionan como funcionan, dado que las personas de diferentes ámbitos culturales y políticos generalmente muestran diferentes formas de comprender expresiones verbales, procesos políticos, incluso preguntas en torno a determinados fenómenos políticos. Es por eso que, aunque las instituciones políticas sean determinantes para el análisis y la comparación de los sistemas políticos, las variables contextuales pueden llegar a ser aún más importantes, jugando los factores de la cultura política un papel fundamental para ello.

Los estudios de cultura política han cobrado mucha importancia en las décadas recientes, particularmente en el ámbito del estudio de la democracia, de la creciente virulencia de los grupos participantes en conflictos en diversas partes del mundo y en el análisis de la composición cada vez más multicultural en los países occidentales (Berg-Schlusser, 2006). En los últimos años, el avance de las posturas nacionalistas y populistas de diferentes tendencias y en muchos países del mundo también nos hacen considerar la trascendencia de acercarnos, por medio del estudio de la cultura política, a estos fenómenos sociales y políticos, para que a través de la comprensión de las características individuales de la personalidad, entender cómo es que se reflejan de manera relevante en la acción, la forma de hacer política, los símbolos del discurso, los valores y las actitudes políticas. La cultura política no ha perdido, por lo tanto, su importancia como elemento clave en la comprensión de los sistemas políticos, así como de las diferentes formas de conducta y de comunicación dentro de los procesos políticos.

Bibliografía

- Almond, G. y Verba, S. (1963). *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Andersen, U. y Woyke, W. (Ed.). (2013). *Handwörterbuch des politischen Systems der Bundesrepublik Deutschland*. Wiesbaden: Editorial Springer.
- Berg-Schlosser, D. (2006). Cultura política. Investigación de la cultura política. En D. Nohlen (ed.). *Diccionario de ciencia política* (pp. 317-323). Ciudad de México: El Colegio de Veracruz-Porrúa.
- Fuchs, M. (2003). Kulturpolitik in Zeiten der Globalisierung. En *Bundeszentrale für politische Bildung, Aus Politik und Zeitgeschichte* (pp. 15-20). Disponible en <https://www.bpb.de/gesellschaft/bildung/kulturelle-bildung/60058/kulturpolitik-globalisierung?p=all>.
- Greiffenhagen, M., y S. Greiffenhagen (2013). Politische Kultur. En U. Andersen y W. Woyke (ed.). *Handwörterbuch des politischen Systemas der Bundesrepublik Deutschland* (pp. 493-498). Wiesbaden: Editorial Springer.
- Hansen, K. P. (2000). *Kultur und Kulturwissenschaft*. Tubinga y Basilea: Editorial A. Franke.
- Krotz, E. (2002). “La investigación sobre la cultura política en México: visión panorámica de un campo de estudio en construcción”. En R. Winocur (ed.). *Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México* (pp. 7-53). Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa.
- Nohlen, D. (2006). *Diccionario de Ciencia Política*. Ciudad de México: El Colegio de Veracruz-Porrúa.
- Nohlen, D. (2006a). *El institucionalismo contextualizado. La relevancia del contexto en el análisis y diseño institucionales*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México-Porrúa.
- Nohlen, D. (2008). *Derecho y política en su contexto*. Ciudad de México: Suprema Corte de Justicia de la Nación-Universidad Nacional Autónoma de México-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Nohlen, D. (2012). La cultura política en España y Alemania. *Cuadernos del ICGDE*, núm. 1, julio, Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Ortiz, R. (2006). Introducción. Contextos, instituciones y actores políticos: Dieter Nohlen y el estudio de las instituciones políticas en América Latina. En D. Nohlen (ed.). *El institucionalismo contextualizado. La re-*

- levancia del contexto en el análisis y diseño institucionales* (pp. 1-29). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México-Porrúa.
- Pilz, F., y H. Ortwein, H. (1995). *Das politische System Deutschlands. Systemintegrierende Einführung in das Regierungs- Wirtschafts- und Sozialsystem*. Múnich y Viena: Editorial Oldenburg.
- Sánchez de la Barquera, H. (2011). *La federalización de la política cultural en México: ¿Alemania como modelo?* Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM.
- Sánchez de la Barquera, H. (2015). Die politische Kultur in Mexiko. En B. Schröter (ed.). *Das politische System Mexikos* (pp. 89-100). Wiesbaden: Editorial Springer.
- Schwenn, B. (2003). *Lateinamerika und der Begriff der politischen Kultur. Ein Beitrag zur Dezentrierung der Demokratietheorie*. Frankfurt del Meno: Editorial Vervuert.
- Schröter, B. (ed.). (2015). *Das politische System Mexikos*. Wiesbaden: Editorial Springer.
- Winocur, R. (ed.). (2002). *Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*. Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa.

Recibido: 12 de junio de 2019

Aceptado: 16 de octubre de 2019

